

Tiene la ciencia española planteado un problema de prestigio, que deberíamos poner el mayor interés en solventar, porque constituye un *handicap* para nuestros científicos, y va en daño de nuestra reputación nacional. Yo no puedo hablar más que, modestamente, en nombre de un sector de la ciencia hispánica, mas creo que el asunto afecta por igual a toda nuestra labor científica, siquiera esporádicamente se haya conseguido demostrar, en casos particulares, cuán infundado es el prejuicio de esa especie de incapacidad colectiva que se nos atribuye, para colaborar eficazmente en la obra de formar una imagen racional del mundo en que vivimos.

Me decía hace poco un colega norteamericano: «Pienso, amigo mío, que la mayoría de los economistas anglo-americanos suponen inconscientemente que ninguna teoría económica importante puede surgir de un país de la Europa meridional. Se asocia esta actitud con el escaso desarrollo industrial de esos países.» He aquí, expresada taxativamente, una opinión con que habrán tropezado la mayoría de los españoles que con algún bagaje científico, hayan tratado de salir más allá de las fronteras. Aunque en este caso se excuse con el eufemismo del parco desarrollo relativo de nuestra riqueza y organización industrial, como en otros órdenes podrá encontrar el de nuestro imperfecto utillaje de laboratorios e instalaciones industriales y técnicas, lo que se oculta tras estos pretextos es la desconfianza en nuestra capacidad de investigadores.

Naturalmente, el investigador necesita encontrarse ante la realidad que trata de investigar, ante su objeto. Estudiar las enfermedades tropicales, por ejemplo, fuera de los trópicos, no será nunca un buen sistema. Pero de ahí a suponer que el no encontrarse en un país de economía muy evolucionada constituye un inconveniente para la eficaz indagación en el orden de la teoría económica, es un error que debemos combatir. Los países meridionales en general, y España en particular, poseen economías que responden a los mismos principios fundamentales que las de los países occidentales de Europa y de todos los de América. El hecho de que las nuestras se hallen menos desarrolladas no niega que en ellas se encuentre en embrión todo lo que en los pueblos anglosajones ha florecido en una arquitectura más complicada. Sin embargo, el que nuestro material de observación sea más simple, no nos pone en inferioridad para alcanzar una clara concepción del mecanismo económico; antes bien, nos

Por GERMÁN BERNÁCER

Jefe del Servicio de Estudios del Banco de España

favorece, en cuanto nos proporciona un objeto de estudio en que los rasgos fundamentales se acusan con más sencillez y claridad, por no hallarse tan ocultos bajo una superestructura complicada, que constituye un caparazón a menudo demasiado espeso para que la mirada penetre en la base vital de los problemas. En las construcciones teóricas de los economistas nórdicos, se advierte muy a menudo que la espesura no les ha dejado ver el bosque.

Y, además, el que una economía sea más pobre, no implica que en algunos aspectos no presente matices y evoluciones que sólo más tarde llegan a aquellos países a quienes su riqueza preservó de ciertas experiencias, al menos durante un tiempo más largo. El desheredado tiene más ocasiones de aprender en la vida que el opulento. Cuando Lord Keynes, recientemente arrebatado a la Ciencia por las Parcas, explicaba en 1932, desde una cátedra de Hamburgo, que el patrón oro era un mal régimen, de que habría que apartarse para buscar sistemas de cambios más flexibles, eso era algo que tenía ya cincuenta años de realidad en España, pues hacía medio siglo que, bajo el imperio de circunstancias inenudables, que después han alcanzado también a la Gran Abición, tuvimos que dejar la unión rígida a todo patrón metálico.

Todos los economistas españoles que no fueran meros lectores de libros tenían ya a la sazón una larga experiencia de esto que era un hecho nuevo para los científicos ingleses, los cuales tuvieron que desempolvar ideas de un siglo antes, aderezándolas con nombres nuevos, para comprender un hecho que no era nuevo en el mundo, pero que la larga práctica del patrón oro les había hecho olvidar por completo, hasta tal punto, que, cuando al fin de la guerra de 1914, se encontraron con su moneda depreciada, no concibieron otra solución que forzar su revalorización para retornar al patrón oro, lo que fué la principal causa de la pertinacia de la gran crisis postbélica que atravesó el Mundo. Sólo entonces comprendieron los más agudos economistas de allí, no todos, lo desafortunado del camino.

Tenemos que reconocer que no fueron más acertados los remedios aplicados en nuestro país que los que aplicaron otros. Mas eso no fué debido a que nos faltaran las convenientes experiencias para no caer en tales errores, sino a

que nuestros dirigentes —obsesos por los modelos y la propaganda extranjera, también quizás bajo el consejo falaz de arúspices a quienes seducía la ciencia libresca aprendida en manuales y aulas extranjeras en que les imbuyeron doctrinas que no sólo eran equivocadas, sino que sus verdades relativas hacían de la experiencia de realidades que no convenían con las nuestras— no supieron ver lo que tenían ante los ojos.

Estos falsos profetas, estos *snoobs* de la Economía, empezaron por crear un problema que no era más que en su imaginación; el problema de la peseta enferma. Hasta la saciedad demuestran las estadísticas que aquella peseta gozaba de salud más estable que la de las demás monedas. El problema no era en verdad para nosotros, que disfrutábamos de precios de una envidiable estabilidad; el problema era para aquellos otros países que, unidos por su mal a la suntuosa carroza del patrón oro, no encontraban manera de interrumpir una deflación que les apretaba en sus anillos con una presión creciente y fatal, que sólo lograron aliviar mediante remedios heroicos de depreciación monetaria, en tanto que para nosotros se manifestaba el hecho por una caída del cambio verdaderamente providencial. ¡Ay, quién nos devolviera aquella peseta enferma y aquellos cambios variables que eran bandos reguladores de nuestra importación y exportación, y nos preservaban de muchos males que sobrevinieron luego y cuyas consecuencias acaso no han terminado todavía!

Nuestros *expertos* en la materia quisieron embarcarnos en la torpe aventura, hasta el punto que, agobiados por sus augurios, hubo que acudir a sabios extranjeros, como aquel M. Quesnay, director del Banco Internacional de Págos, desgraciadamente desaparecido luego en un accidente, y aquel otro M. Rist, ilustre profesor de la Sorbona, todavía vivo por fortuna a lo que creo, los cuales produjeron sendos informes que debieron costar muchos miles de francos oro, y que pudieron costarnos más caros si no se hubiesen arrumbado a tiempo, lo mismo que los de los *sabios nacionales* en el mismo sentido. La realidad se encargó de demostrar pronto que todo aquello era de lo más *demodé* que podía imaginarse.

Desgraciadamente, la prédica no fué baldía; el fantasma de la depreciación de nuestra moneda siguió obsesionándonos, y al fin caímos en un mal tan grande como el que se había evitado; la intervención de los cambios. Porque el mal del patrón oro no consiste precisamente en el oro; consiste en los cambios fijos que impone y que pueden

cias económicas. No hace mucho un mejicano amigo de España, el señor Reyes, se ocupaba en el semanario «Mundo» de los males que ha causado en un aspecto de nuestras relaciones económicas: el de las importaciones de capitales de América. Si se hiciera el inventario en otros aspectos, el balance no sería menos desfavorable.

He aducido este ejemplo para hacer ver en un caso particular que si los economistas españoles tienen que luchar con desventaja, no es sólo por mor de la mala fama que injustamente se les otorga, de puertas afuera, sino que en mucho 'contribuímos nosotros mismos. Dos causas influyen grandemente en ello:

La primera es ese papanatismo extranjero que nos impide reconocer los valores propios y nos lleva a inordinarnos incondicionalmente ante los modelos extranjeros, sólo por ser extranjeros. Bueno es que estudiemos 'os kornes ajenos, mas con un poco de espíritu crítico, y no aceptándolos como expresión inconcusa de la verdad. Eso de que nadie es profeta en su patria, si es verdad en todas partes, en ninguna lo es como en esta patria nuestra, donde no se concibe que pueda tener valor algo que no venga cobijado bajo un nombre exótico. Ese estado de ánimo da la pauta a los demás para juzgarnos. ¿Cómo

nuestros intelectuales para la unión La elaboración intelectual requiere colaboración; con ser creación individual, acaso no hay manifestación humana que sea más social, porque solo colectivamente tiene valor, y no adquiere cuerpo y proyección más que en virtud de una cooperación concertada de muchos en la misma materia. La formación de escuelas científicas y artísticas, que es un hecho corriente en todas partes donde hay actividad intelectual, es algo que falta totalmente en nuestro país; sólo se dan individualidades. Esto es más perjudicial en Ciencia que en Arte, porque en éste domina lo individual, pero en ambas manifestaciones constituye una deficiencia capital para la proyección exterior.

La Economía, que no ha logrado cristalizar en un sistema único, en un cuerpo de doctrina universalmente reconocido, es por doquier del dominio de las escuelas. Existe una escuela austríaca, capitaneada por von Mises que se mantiene en el exilio a que se condenó, por incompatibilidad con el hitlerismo. Hay una escuela sueca o escandinava, fundada por Wickseil. Alemania ha dado origen a múltiples escuelas, desde la marxista a la nacionalista a lo List, pasando por la historicista, la socialista de cátedra, etc. Inglaterra, que dió en

nos hablar. Y no es que no haya habido entre nosotros distinguidos economistas en el pasado dignos de ocupar un lugar en el concierto de los que han contribuído a elaborar este sector del conocimiento humano, pero sus nombres y sus doctrinas yacen olvidados injustamente, porque ni en su tiempo ni después se ha cuidado de poner en relieve lo que hay en su pensamiento de originalidad y de mentalidad de nuestra raza, así como de aportación nuestra a una ciencia que todavía está en gestación.

Quizás todo esto es el producto de un individualismo que raya en el ceceo, de estrechez de visión que reduce el campo intelectual al panorama de la propia concepción de las cosas, falta de transigencia y amplitud generosa de espíritu. Quizás coopera a ello nuestra pobreza, que hace ver en cada colega un rival para el disfrute de las parvas prebendas nacionales, antes que el colaborador en una obra desinteresada, mentalidad propia de tenderos; porque una pléyade, aunque fuera de genios, exigua y dispersa, no obtiene para sus voces la resonancia que una colectividad que aune las suyas para pregonar su verdad. En el pecado llevamos la penitencia, pues muy a menudo la dirección de nuestra economía, y hasta la representación de la ciencia española, cae en manos de los escudos que nos aportan